Política en Fernando Savater

Juan Malpartida
(Escritor)

Resumen

En este artículo se expone la idea de que, en política, tres han sido los objetos principales en la reflexión de Fernando Savater: la libertad, el individuo (nunca desligado de su contraparte, la sociedad) y la democracia. Su visión universalista de la política se ha traducido además en críticas demoledoras contra todo pensamiento colectivista o tribal, en especial el nacionalista.

Palabras clave: Fernando Savater – libertad – individuo – democracia – nacionalismo.

Abstract

In this article it is argued that Fernando has pursued three main goals in his political writings: liberty, the individual (never disconnected from his counterpart, society) and democracy. His universal vision of politics has served to engage in critiques that dismantle all collectivist or tribalist – and particularly nationalist – thought.

Key words: Fernando Savater – liberty – individual – democracy – nationalism.

Creo que en el centro de las preocupaciones políticas de Fernando Savater encontramos fácilmente un concepto que supone una realidad fuerte: la sociedad civil, es decir, al ciudadano en la acción individual o conjunta, en la que se busca la consecución de un deseo que compete a parte o al todo del conjunto social, en la determinación de los otros o en la recepción de las acciones de las que puede ser, en principio, sujeto pasivo. Por esto, no es extraño que sea la ética su preocupación mayor como filósofo, porque ésta nos sitúa ante nuestras expectativas y ante los límites míos y de los demás. ¿Qué debo hacer o no hacer? ¿Qué es lo propio y lo impropio de mí? Nada más esbozado este planteamiento parece claro –y me temo que voy a adelantar una conclusión– que Savater entiende que la sociedad existe para desembocar en el individuo, porque el fin último de la imaginación política ha de ser

Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, N° 17. Mayo de 2007. Págs. 40-47.

la libertad y el bienestar de la persona, de cada cual. Esa premisa de perfil individualista que el pensamiento anarquista ha exaltado (también cierto liberalismo), no supone la negación de la sociedad sino su afirmación. Al igual que, como nos enseñó Wittgenstein, no hay lenguajes privados, *idiotas* –aunque sí idiotas que hablan en exceso, añado– tampoco hay individuo por sí mismo y en sí mismo. Incluso aislado, es la consecuencia de un mundo social. La importancia en términos de excelencia de dicha sociedad dependerá del grado de autonomía de los individuos, al igual que la excelencia de esos individuos dependerá del grado de acción que puedan ejercer en lo social según las circunstancias. Una sociedad como la comunista se halla profundamente estructurada sobre la abolición del individuo, reducido éste a una función de fortalecimiento del Estado; una sociedad de acento individualista o atomizadamente grupal (creo que algunos momentos de la historia de España, o de la Argentina), padecerá carencias en instituciones, normas y aspiraciones de bien común a causa de la falta de reconocimiento, en mi individualidad, de la dimensión social que me constituye. Savater se ha decantado desde sus primeros escritos con voluntad política –es decir, desde sus primeros escritos– en afirmar su amor por lo autogestionario, por la sociedad de los individuos, por la política de los ciudadanos. Buen conocedor del pensamiento del siglo XVIII francés e inglés, la palabra ciudadano se convierte en Savater en un ariete contra la noción de pueblo, raza y cualquier noción estamental basada en una supuesta información natural o deducida del imperativo de lo necesario. Nuestros derechos fundamentales son demandados e imaginados en función de nuestra ciudadanía –no de la noción de raza o conjunto de características folclóricas–; y alcanzarán, en su aspiración más honda, a cualquier otro país, es decir allí donde haya seres humanos. Es el acto de luchar en nombre de los derechos del hombre y no del pueblo, la raza o la historia, lo que otorga sentido profundo y universal a las demandas. Lo cual no impide –todo lo contrario, facilita– la defensa de peculiaridades, porque lejos de ser las que fundamentan son, en realidad, las que necesitan ser fundamentadas, es decir, asistidas de alguna razón. Aunque las ideas políticas de Savater han ido discretamente cambiando (expresadas con claridad, pero sin que se haya entregado mucho a analizar el *pathos* de sus transformaciones, ni siquiera en sus Memorias), no ha perdido el espíritu de su vieja afinidad libertaria, y en ella late la vigilancia por lo irreductible de la persona, esa realidad más allá o más acá de toda noción abstracta, que durante el siglo XX ha sido enajenada en función del individuo revolucionario, de la misión del Estado o de la acuciante sospecha policial al servicio de este o aquel dictador. Si De Maîstre sólo veía italianos, franceses o españoles por todas partes, Savater no puede ver sino personas que no tardan en revelar una dimensión política, en su sentido más

amplio, aquélla que nos relaciona con los otros y con el tejido que, más allá de esta o aquella nación, formamos.

A diferencia de otros pensadores españoles más o menos contemporáneos suyos, en Savater la influencia marxista (directa) es apenas determinante. Es cierto, por otro lado, que si retrocedemos mucho en su bibliografía encontraremos una disminución del interés por la democracia, pero no es menos cierto que buscaremos en vano exaltaciones comunistas. Ni la China de Mao ni la URSS, tampoco la Cuba de Castro (escribo con pocos libros de Savater a mano, y quizás alguien encuentre algún gesto entre sus numerosos artículos, que no harán sino confirmar su débil o nula presencia). Hay que decir, por otro lado, que en 1975, fecha de la muerte de Franco, en España había pocos demócratas, quizás porque la oposición al franquismo se había hecho, sobre todo, desde la izquierda radical (PC), que había unificado y organizado el deseo de acabar con la dictadura, aunque ese deseo no supusiera, una vez que pudo decir su diverso y verdadero nombre, un perfil comunista. Desde las primeras elecciones en España, esto quedó claro, antes de la hecatombe del comunismo soviético y la diáspora y enmascaramiento posterior de la izquierda más ideológica.

La evolución de Savater en este sentido ha sido clara: una defensa cada vez más decidida de la democracia como forma de Estado que permite o puede permitir la mayor variedad de ideas e instituciones políticas, así como de derechos. Discretamente pacifista (aunque antimilitarista convencido desde sus inicios reflexivos), se opuso a la entrada de España en la OTAN, pero comprendió que había que luchar desde ella contra la invasión de Kuwai por Sadam Husein. Ciertamente, su pacifismo es contradictorio, o difícil de aceptar (al menos por mí): porque no hay forma, ni la ha habido nunca, de convivir sin armas y ejércitos, directa o indirectamente, sólo que debemos vigilar el presupuesto que se le dedica y el uso que se hace de ellas (aunque ya sabemos para qué son), además de sujetar su fuerza a la voluntad de los votantes. Sin policía (esa forma de ejército para la ciudadanía) la ETA, por no hablar de las intenciones solapadas de cualquier vecino de su vecino, habría tomado Euskadi, y tal vez Navarra, aunque quizás los navarros se habrían armado por cuenta, por si... Pero su lucha antimilitarista quizás hay que entenderla en línea con la crítica continuada de lo coercitivo, que guarda cierta afinidad a veces con Michel Foucault; o con alguien más cercano y ahora olvidado, Agustín García Calvo, cuya crítica de las instituciones, de origen anarquista, rigurosa como un silogismo, pero sin pies con los que apoyarse, alguna vez despertó su interés. A través de las lecturas –nunca aceptadas con servilismo, siempre ajeno a una visión total– de Theodor Adorno, Max Horkheimer, Herber Marcuse, Cornelius Castoriadis, Claude Lefort, Jürgen Habermas y otros, Savater ha dialogado –y sufrido parciales influencias– con el marxismo, pero

también con Hegel, sin dejar oír las irreductibles meditaciones de Schopenhauer y Nietzsche. Hay que insistir que Savater, que en el fondo y en la superficie es un escritor, y un gran lector de literatura, con especial predilección por la novela y el cuento, nunca ha soslayado la vasta realidad de las preguntas de la vida, y por lo tanto ha frecuentado la literatura irónica, de Luciano de Samosata a Jarciel Poncela pasando por Bernad Shaw, y la fértil tradición filosófica reaccionaria, a la que pertenecen los mencionado, Joseph de Maîstre y Émile Cioran (aunque éste sea siempre, y sobre todo, mucho más), sobre los que ha escrito páginas memorables. Lo que quiero decir –sin entrar demasiado en ello, porque nos llevaría a un estudio exhaustivo que otros con más competencia que yo harán– es que Savater nunca ha cedido a la visión total, ideológica, religiosa, fuese en nombre del materialismo dialéctico o de la utopía anarquista. De hecho su defensa de la libertad es de signo negativo y por lo tanto encuentra su tradición más continuada en el liberalismo: permitir al individuo hacer lo que quiera siempre que no afecte (restrictivamente) la libertad del otro; restringir la autoridad más que disponer de ella. Aunque cada vez más escéptico en lo que respecta a lo colectivo (sin que haya ganado en entusiasmo respecto a los particulares), hay que recordar que al joven Savater no le fue ajena la idea de revolución, desde una perspectiva libertaria que probablemente tenía poco que ver con la política.

La llegada de la democracia a España fue, para muchos, un verdadero desafío, y creo que Savater no tardó en terciar en el terreno de lo público, en la mediación entre poder e individuo, a pesar de las desilusiones melancólicas –en su sentido teórico, porque pocos tan alejados de la melancolía como Savater– provocadas por el hecho de caer en la historia. No exactamente la caída en lo histórico de la que habló su admirado, y también refutado, Émile Cioran, sino en su acepción más elemental de tener que enfrentarse a lo posible desde la formalización estatal más amplia que la imaginación política ha ideado, la democracia. Cercano al socialismo del PSOE –pero con todas las características que ya he mencionado–, Savater siempre ha mantenido la primacía de la distancia como condición de su actitud intelectual. Distancia que nunca ha significado indiferencia o defensa –o inhibición crítica– de acciones concretas. Los más puros de pensamiento le han censurado que pudiera estar, en esta o aquella medida, cerca de los pronunciamientos del partido conservador, sin tener en cuenta que lo que hace Savater es pensar sus ideas y defender la verdad (la suya), porque la verdad es la verdad, la diga Agamenón o su porquero, Felipe González o José María Aznar, algo que nuestro secular espíritu gregario no termina de comprender. Así pues, su anarquismo inicial, antiestatal, pasado el tiempo encuentra en el liberalismo a un interlocutor fértil y polémico. Sus ideas sobre ética, basadas en la aspiración a la coherencia y excelencia de acciones individuales, rectifican y con-

trolan la posible voracidad del liberalismo entregado a un egoísmo sin ética en vez de (en el sentido de Savater) a una ética egoísta.

Fernando Savater nunca ha estado en las filas de ningún partido ni creo que vaya a estarlo; tampoco es una presencia fácil para los socialistas o conservadores, ni para los ecologistas o antisistema. Es decir: uno de los aspectos más atractivos de Savater (y hay varios) es que no es un hombre que sabe su doctrina, y no ha estado dispuesto a tragar con las ruedas de molino de los demás, sean éstas productos del rigor geométrico, de la visión mesiánica o de la razón de Estado o de Partido. Por lo tanto, y aunque parezca que digo un lugar común, quiero señalar que Fernando Savater me parece que es un español que ha pensado por su cuenta, sobre esto y sobre muchas otras cosas; lo cual no es poca cosa en una país en el que todos creen pensar por su cuenta, cuando en realidad se hace dicha gimnasia a cuenta de otros.

En política y en ética, Savater está lejos del relativismo con el que ahora, de la mano de la (¡quién lo diría!) vieja izquierda universalista o derivado de una antropología conservadora (de museos tribales vivos, a veces de horrores) con la que coquetean algunos de sus compañeros de reflexión. Cuando digo que en política está lejos del relativismo quiero decir que no cree que los elementos fundamentales de lo político (libertades individuales y colectivas, separación de los poderes públicos, estado laico, etc.) sean lógicos para los europeos, pero no, por ejemplo, para los árabes, sean musulmanes o no. Para Savater la política es relativa por oposición a absoluto, pero no relativa en cuanto a su aspiración de excelencia a estas o aquellas culturas. Su invitación a la ética trata de fundarse no sobre una metafísica teológica, a la manera de Enmanuel Levinás, sino en algo más dialógico y cercano: en el reconocimiento de lo humano por lo humano. La ética, o es universal (el elemento de su meditación es el hombre, no esta o aquella sociedad, leyes, Constitución o forma de Estado) o es una moral (preceptos tácitos o explícitos sobre el comportamiento).

Llegados a este punto, es obligado que pensemos en el nacionalismo, sobre el que Savater ha escrito multitud de trabajos y contra el que ha combatido como escritor y como defensor de plataformas ciudadanas ("Gesto por la Paz", "Foro de Ermua", "¡Basta ya!", etcétera). Isahiah Berlin, al que nunca leeremos lo suficiente, dijo aquello de que el nacionalismo es una inflamación patológica de una conciencia nacional herida; pero quizás olvidó añadir que esa herida puede ser inventada, producto de una imaginación compensadora y socarrona, y como en el fondo siempre hay una herida, aunque sea la de haber nacido (mortal), no faltarán quienes encuentren para esa herida un causante (el otro, el enemigo sempiterno), soporte del discurso delirante. Contra esa inflamación que no da ideas pero sí que pensar, ha escrito Savater con valentía reflexiva y valentía civil: contra los nacionalismos y

contra el terror que adoptan sus ideas (el plural es gentileza mía) al instrumentarse en violencia, en crimen. También, contra los que basándose en otro nacionalismo arguyen con premisas similares a lo criticado. Salvo aquellos que se dedican casi exclusivamente –como ensayistas– a los problemas del nacionalismo, como es el caso de Jon Juaristi, autor de libros imprescindibles sobre este tema, ningún otro intelectual español ha escrito tanto y tan continuadamente sobre esta lacra. Y lo ha hecho, como decía, desde la base crítica de repugnarle cualquier articulación política que tenga por origen el espíritu nacionalista, cuya bolsa de tópicos contiene siempre el amor irracional a la propia tierra (amor del que necesita la participación identitaria de sus vecinos), la xenofobia como corolario de este primer amor, el amor a la patria como Persona, epítome de la identidad que cada cual posee como hijo de la misma, la defensa de la lengua identitaria por encima y antes de los contenidos intelectuales y artísticos (la Generalitat apoya a los escritores catalanes –por poner sólo un ejemplo– que escriben en catalán, no a los que escribe en español, que ni siquiera son considerados escritores catalanes, tales los casos de Marsé, Azúa y tantos otros). Nación, patria, pueblo, la santísima trinidad que a los ojos de Savater no oculta sino formas de opresión del ciudadano, del ser humano en tanto que humano (la noción circular de su ética, cercana, en parte, a la de Foucault), la articulación de lo social por un absoluto particularista que se complace en la expulsión del otro o su sometimiento, pero nunca en el libre juego de la igualdad. Savater ha denunciado –con una pedagogía reflexiva que debemos agradecerle– de manera general la mitología esencialista, casposa y represora de los discursos nacionalistas, pero ha atacado y desvelado sobre todo a aquellos que han articulado violentamente dichas ideas, una y otra vez ha desenmascarado la "fascinación fetichista por la identidad", el odio a lo otro porque representa precisamente la alteridad que el nacionalismo quiere reducir a lo uno. Y Savater, desde su infancia, ha sido politeísta. Por lo tanto su lucha prioritaria como intelectual ha sido la banda terrorista ETA y su entorno, que en ciertos momentos ha abarcado al PNV en cuanto que dicho partido, que gobierna Euskadi desde el comienzo de la democracia, se ha apoyado en una violencia, que no legitima, o no de manera clara sino con retruécanos jesuíticos (Ardanza, Arzalluz, Eguibar), para imponer su hegemonía ideológica, desde los medios autonómicos de comunicación a la enseñanza.

En alguna ocasión escribió Savater que "lo que impone la democracia es la renuncia al privilegio discriminador del origen para que tenga lugar la participación voluntaria en la gestión política y en la configuración plural de la unidad colectiva". No es lo que fuimos, en la configuración nebulosa y caprichosa del origen, interpretado según las meninges inflamadas de este o aquel, sino lo que queremos ser: eso será lo que nos constituya. Por lo tanto, nues-

tra convivencia y proyecto político no podrá basarse en una noción de raza o pueblo sino en la de ciudadanos que se reconocen (o pueden hacerlo) en los ciudadanos, no el código telúrico y monologante de la tribu. Su actitud crítica y lúcida ha sido también valiente –insisto– y le ha costado mermas en su vida personal, como son la imposibilidad de dar clases (al ser un objetivo prioritario de ETA) y no sólo en Euskadi sino también en Madrid, y tener que vivir protegido por guardaespaldas, con las complementarias limitaciones que supone. Así, hay que decir –y yo aprovecho este artículo para decirlo– que Fernando Savater es un ciudadano excepcional por la excelencia de su actitud intelectual y cívica. No a todo el mundo es exigible que llegue a tanto –aunque, paradójicamente, todos deberíamos serlo con nosotros mismos–, así que los que no ha llegado ahí deberían (deberíamos) no olvidar las diferencias.

Bibliografía selecta:

La filosofía como anhelo de la revolución (1976)
Las razones del antimilitarismo y otra razones (1984)
Política para Amador (1992)
Diccionario filosófico (1995)
Contra las patrias (1984, aumentada en 1996)
Misterios gozosos (Antología, edición de Héctor Subirats), 1995.